



SEGUEI ESEININ, SELECCIÓN DE POEMAS
Selección i traducción Olga Starovoitova y José Jiménez.

Estoy cansado de vivir en mi tierra.
Fatigado por la vasta llanura de trigo
sarraceno, abandonaré mi cabaña,
me marcharé, y seré vagabundo y ladrón.

Con los rizos blancos del día
buscaré un paradero miserable.
Y, pensando en mí, mi amigo querido
afilará la navaja de su bota.

El camino amarillo del prado
se envolverá con sol y primavera,
y aquélla cuyo nombre guardo
me expulsará del umbral.

Y de nuevo volveré a la casa del padre,
me consolaré con ajena alegría
y una tarde verde, bajo la ventana,
me colgaré de mi propia manga.

Al pie del cercado los sauces canosos
amorosamente inclinarán sus copas,
y me enterrarán sin lavar
bajo el ladrido de los perros.

Navegará la luna, navegará,
y dejará caer sus remos en los lagos.
y Rusia vivirá como antes
bailando y llorando al pie del cercado.

(1915-1916)

¡Dejaos ya de riñas! ¡Es la vida!
¡Yo no comercio con palabras!
Se ha vuelto grave y ya se dobla
mi cabeza dorada hacia la espalda.

Por aldea y ciudad amor no siento.
¿Cómo pude sentir alguno?
Todo lo dejaré y, con barba larga,
iré por Rusia cual vagabundo.

Olvidaré los poemas y los libros,
me echaré un saco sobre la espalda,
porque en los campos, a un perdido,
más que a ninguno el viento canta.

Apestaré a rábano y cebolla
y, turbando la quietud del la tarde,
me sonaré ruidosamente con la mano
y haré simplerías en todo.

Y no necesito mejor suerte
que olvidar escuchando la cellisca,
pues sin estas extravagancias
no sé vivir en este mundo.

No me lamento, no llamo, no lloro,
todo pasará como humo de manzanos blancos.
Preso del oro del marchitamiento,
Ya jamás seré joven.

Ahora ya no vas a batir
corazón, tocado por un frío.
Y el país de percal de los abedules
no me invitará para vagar descalzo.

Ánimo de vagabundo, ya muy raramente
avivarás la llama de los labios.
Oh, mi perdida frescura,
alboroto de los ojos, inundación de los sentidos.

Ahora soy más avaro en deseos,
¿Vida mía? ¿O acaso me has soñado?
Como si en resonante madrugada de abril
hubiera galopado sobre un caballo rosa.

Todos, todos en este mundo somos perecederos,
sin ruido se derrama el cobre de los arces...
Que sea bendito eternamente
todo lo que llegó para florecer y morir .

¡Shagané, mi Shagané!
Quizá porque yo soy del norte
tengo ganas de hablarte del campo,
del centeno ondulado a la luna.
¡Shagané, mi Shagané!

Quizá porque yo soy del norte
y la luna es cien veces más grande.
Aunque sea bonito Shiraz
es mejor la llanura en Riazán.
Quizá porque yo soy del norte.

Tengo ganas de hablarte del campo.
Mi cabello heredé del centeno:
si tú quieres devánalo a un dedo
que dolor no siento ni gota.
Tengo ganas de hablarte del campo.

Del centeno ondulado a la luna
por mis rizos tendrás una idea.
Mi querida, sonríe, bromea,
mas memoria no traigas ninguna
del centeno ondulado a la luna.

¡Shagané, mi Shagané!
Hay allí una muchacha, en el norte,
se parece tantísimo a ti...
Si se acuerda de mí, no lo sé.
¡Shagané, mi Shagané!

Ya nos vamos marchando poco a poco
al país donde hay calma y ventura.
Quizá yo mismo dispondré muy pronto
mi frágil equipaje para el viaje.

¡Queridas espesuras de abedules!
¡Tú, tierra! ¡Y vosotras, arenas de las llanuras!
No consigo ocultar mi pesadumbre
ante la infinitud de los que parten.

He amado demasiado en este mundo
todo lo que viste de carne el alma.
¡Paz a los álamos que extendiendo sus ramas
miran temblando las aguas rosadas!

Muchos pensamientos he madurado en la calma,
muchas canciones compuse sobre mí.
De haber vivido y respirado en esta
desapacible tierra soy feliz.

Soy feliz porque he besado mujeres,
he arrancado flores, me revolqué en la hierba,
y a los animales, hermanos menores,
no he golpeado nunca en la cabeza.

Sé que allí no florecen los bosques,
no cimbreo el centeno de cuello de cisne.
Por eso siempre me estremezco
ante la infinitud de los que se van.

Sé que en aquel país no brillarán
los trigos como el oro en la niebla.
Por eso quiero tanto a los hombres
que viven conmigo en la tierra.

Ya no habla el dorado bosquecillo
la lengua alegre de los abedules,
y las grullas, que pasan tristemente,
ya no añoran a nadie.

¿A quién hay que añorar? Si somos peregrinos en el mundo:
Pasas por aquí, entras, y de nuevo dejas la casa.
Con luna llena sobre el estanque azulado
el cañamar sueña con los que se fueron.

Estoy solo en la desnuda llanura
y lejos se lleva el viento a las grullas.
Reboso de pensamientos sobre mi alegre juventud
pero nada me apena del pasado.

No lamento los años malgastados en vano,
no añoro la frescura lila del alma.
Arde en el jardín la hoguera del rojo serbal,
pero no puede calentar a nadie.

Los racimos de serbal no van a consumirse,
ni extinguirá la hierba el amarillo.
Como un árbol se deshoja en silencio,
así dejo yo caer palabras tristes.

Y si el tiempo las barre con el viento
y las apila en un montón inútil,
decid entonces... que el bosquecillo de oro
ha dejado de hablar la lengua querida.